

PREGÓN DE LAS FIESTAS PATRONALES DE NUESTRA SEÑORA DE MONTSERRAT. SEPTIEMBRE 2015.

Sr. Alcalde, D. Francisco Paz, y demás miembros de la Corporación Municipal, distintas autoridades, vecinos y amigos: Muy buenas noches.

No podría comenzar este acto sin agradecer al señor Alcalde la invitación para que fuera el pregonero de estas Fiestas Patronales de Nuestra Señora de Montserrat, año 2015. Para quien les habla no puede ser sino un gran honor y satisfacción hablar de mi pueblo y anunciar el comienzo de las Fiestas Patronales.

La verdad es que en cuanto supe que me iba a tocar tamaña responsabilidad me vino a la cabeza de qué y quién iba a hablar ante todos ustedes. El señor alcalde, amablemente, me envió por email algunos ejemplos de pregones de años anteriores. Ciertamente, muy útiles que han sido para comenzar a redactar éste, pero también abrumado me sentí de hablar de la Historia de mi pueblo, un tema recurrente entre los pasados pregoneros. Al igual que éstos, me siento especialmente atraído por el pasado de nuestro pueblo, el origen de sus sitios, sus nombres y los cambios en su fisionomía a lo largo del tiempo. También el origen de sus gentes, de donde procedían, por qué un día decidieron venir aquí. Sin embargo, creo que hay personas mucho más preparadas que yo para hablarles de todo ello, y las fiestas sin duda grandes pregoneros han tenido a este respecto.

Permítanme, por tanto, que les transmita hoy una visión más personalista en este pregón. Visiones y reflexiones más centradas en mi experiencia como saucero natural del casco, pero también como saucero emigrado, primero a la isla vecina de Tenerife, luego a otra isla un poco más lejos, Gran Bretaña, y luego de vuelta a Tenerife. No he de comenzar esta reflexión sin antes presentarme, para aquellos de ustedes que no me conozcan, y ponerles en el contexto de mi infancia y adolescencia. Espero que al menos los más viejos de los presentes miren atrás con cierta nostalgia. Nací en 1972. Un buen año, el señor alcalde puede dar fe; dentro de esos que se hicieron llamar años del "baby boom", gran motivo de preocupación para los que nos rigen y hacen cuentas sobre nuestra jubilación. Nací y viví mi infancia aquí cerca, en La Calle, o en La Plaza, según se mire. Yo prefiero decir que en los dos sitios. Los chicos lo llamábamos "por encima del polvorín", esa plazoleta que vigila el cruce entre La Lama y La Calle. Ya un poquito más mayor yo, pero aún muy niño, lo llamábamos "El Solar", pues en eso se convirtió el terreno detrás de mi

casa, y ahí sigue. La verdad es que recuerdo una niñez feliz, en mi casa y fuera de ella. En la Plaza de Nuestra Señora de Montserrat, en la Alameda y en sus calles aledañas disfrutaba de los amigos y de los juegos al aire libre, algo que hoy se hace tan raro, sobre todo en las ciudades. Casi desde que podíamos andar, sueltos y libres correteábamos por todo el casco. Eso sí, había menos coches de los que preocuparse en aquellos tiempos. Jugábamos también en el mencionado polvorín y en el solar, por eso de la proximidad a la casa de uno y porque casi tus primeros amigos son tus vecinos. Hacíamos guerras contra los otros barrios, jugábamos a “un dos tres, gallito inglés”, “ladrones y policías”, al fútbol en campos que no lo parecían con pelotas hechas de papel de periódicos...

Creo que en mucho nos parecimos en los juegos a las generaciones precedentes, tal vez más que a las que después vinieron, en el albor de las nuevas tecnologías y los videojuegos. Pero hubo una cosa que nos diferenció de los “más mayores”: vivimos una época en que se nos facilitó mucho el poder estudiar. De repente, todos los de nuestra generación tuvimos la oportunidad de estudiar en nuestro pueblo, desde el principio hasta el final de los estudios preuniversitarios. Una oportunidad que a mis padres se les cortó muy pronto, y que ni siquiera tuvieron mis abuelos. Sintiendo que “los estudios” han sido determinantes en mi vida, y razón segura de que hoy esté aquí ante ustedes, me gustaría detenerme un rato y reflexionar en voz alta sobre este hecho. Lo hago también para que quede este pregón, hablado y escrito, como referencia para aquellos sauceros más jóvenes que tal vez no valoren, por muy diversas razones, esa gran oportunidad para su desarrollo presente y futuro que la Educación les ofrece.

He de decir que en nuestra generación confluyeron toda una serie de factores que, como ingredientes en un esmerado plato, no sólo sumaron sino que multiplicaron el éxito profesional de muchos hijos sauceros de edad parecida a la mía y que hoy podrían estar perfectamente sustituyéndome en este pregón. Para empezar, había una gran conciencia por parte de nuestros padres sobre el tema, al menos así yo lo sentí con los míos. Ellos tenían la experiencia fresca de un pasado de penurias y creían firmemente en ese “nuevo valor” que la educación ofrecía.

Por otro lado, pasamos a tener un espléndido colegio en “Los Salones” y un Instituto justo al lado. El Colegio de enseñanza primaria, y en aquel entonces de Educación General Básica (EGB), “José Luis Albendea y Gómez de Aranda” se había abierto en 1976. Este hito permitió aglutinar físicamente toda la educación que para esos tramos de edad se había dado de forma dispersa en diferentes puntos del casco: el propio edificio consistorial, Los Silos, El Callejón,

en la Cruz de La Lama, La Placeta, Bajamar y El Cardal. El Colegio de Los Salones no sólo fue determinante en la educación de las nuevas generaciones sauceras, sino que fue durante unos pocos años el referente educativo de toda la comarca norte palmera: desde Gallegos hasta Santa Lucía. El Instituto “Cándido Marante Expósito”, donde entonces se impartían el Bachillerato Unificado Polivalente (BUP) y el Curso de Orientación Universitaria (COU) se había abierto poco después, en 1980. Junto con la Formación Profesional, que en mis años de estudio se impartía en el edificio de Usos Múltiples situado en la Calle Vicente San Juan, el Instituto ofreció la posibilidad de continuar el proceso educativo más allá de la entonces educación obligatoria, que concluía a los 14 años. De nuevo, del Instituto y la Formación Profesional no sólo se beneficiaron los de este municipio de San Andrés y Sauces sino también aquellos estudiantes del pueblo hermano de Barlovento, siendo además causa fundamental del establecimiento de relaciones de amistad duradera entre vecinos de ambos pueblos.

Además, la educación pública se nutrió de una nueva remesa de jóvenes y motivados educadores, que complementaban y aliviaban la carga docente de aquellos un poco más viejos, pero no por ello menos motivados. Con especial cariño recuerdo a los que me dieron clase. Tanto a los que en primaria y EGB tratábamos de Don: Doña Piedad, Don Valentín, Doña Cila, Don Antonio, Doña Angelita, Doña Rosa, Doña Carmela, Don Tadeo,... como aquellos que ya tuteábamos en el Instituto: Carlos, Hermelo, Guillermo,... Perdón si a más no nombro, y sobre todo a otros muchos que no eran hijos de este pueblo o de los vecinos municipios, y que pasaron por aquí en periodos más o menos breves. Ellos también aportaron sus doctas enseñanzas en mi y en los de mi generación.

Ni que decir que las sucesivas políticas de becas fueron determinantes en esta gran explosión de la enseñanza en Los Sauces. A las becas se debe que gente de orígenes humildes como los míos pudiera completar todo el ciclo educativo, incluyendo los estudios universitarios. ¿Cuántos se hubieran quedado atrás sin remedio sin este gran incentivo para el estudiante y su familia?

Mención aparte me gustaría destacar un aspecto que ha ofrecido el pueblo y que creo que ha resultado determinante en aquellos que como yo teníamos un gran espíritu autodidacta: la Biblioteca Municipal. Sobre la Biblioteca Municipal decir que yo la visité a diario durante unos buenos años. En aquella época estaba ubicada aquí, en el ayuntamiento, y ya era de titularidad municipal, después de haber sido una iniciativa particular del mencionado José Luis Albendea en los años 50. Recuerdo con cariño a Don Tomás Sentís, siempre amable en el trato y condescendiente cuando se nos

olvidaba entregar un libro en plazo previsto. Muchos de esos libros estaban viejos, e incluso algunos bastante deteriorados, pero para mí supusieron la introducción a nuevos mundos a través de la lectura que sin duda de otra forma no hubiera conocido jamás. Mencionar que había algunos volúmenes y ediciones que hoy podríamos considerar de coleccionista. En este sentido me gustaría ensalzar aquí la labor de clasificación y documentación de la actual bibliotecaria, Dña. Milagros Pérez. Aunque leí de todo en esa Biblioteca, he de decir que mi vocación científica nació ahí, tal vez incluso más que en otro lado, a través de lecturas de libros que versaban sobre el origen de los fenómenos naturales y la historia de su comprensión por parte de la humanidad.

Como último punto en este capítulo dedicado a la enseñanza y la formación de los sauceros de mi generación, me gustaría traer a colación la música y el juego del ajedrez. De la primera, debo confesar que no le presté la merecida atención en su día, cosa de la que hoy me arrepiento, aunque me alegro de que haya una buena remesa de vecinos de este municipio doctos en este gran arte. Del segundo, por el que el que les habla sintió verdadera pasión, debo decir que tengo la firme convicción en que me resultó de gran ayuda durante mis estudios al moldear en mí un pensamiento analítico-sintético, por otra parte, tan importante posteriormente en mi profesión. Así pues, hoy me gustaría nombrar a aquellas personas que me permitieron conocer y practicar este juego: mi hermano y mi padre primero de todo, y luego maestros como Don Ofredio y amigos como Teño y Castro.

Incluso para aquellos como yo que sentían un verdadero placer por las cosas del intelecto, el ocio que también siempre ha ofrecido este pueblo era algo que disfrutábamos a la primera oportunidad. Así, siempre anhelábamos la llegada del verano para poder ir a darnos un chapuzón en el Charco Azul y el Puerto Espíndola, ir a comer con la familia los domingos a Los Tilos y, cómo no, hacer planes para las Fiestas de Septiembre. Éstas, que ahora comienzan, tienen un especial hueco en mi corazón. Unas fiestas en las que de niño significaban algún regalo en los puestitos de alrededor de la plaza, la emoción de seguir las carreras de caballos desde la posición privilegiada de la azotea de casa de mis tíos, la devoción de homenajear a la Virgen de Montserrat, sobre todo en los muchos años que fui monaguillo de nuestra parroquia, y, por último, el disfrute de las verbenas en la plaza hasta altas horas de la madrugada. Con gran nostalgia he de reconocer que hace ya unos buenos años que no he podido venir a disfrutar de esos días mágicos de septiembre para el pueblo, aunque por lo menos sí que he podido disfrutar de alguna que otra de esa gran Romería que tiene lugar como antesala en los días previos. Mi propósito es que, aunque este año tampoco va a poder ser por motivos laborales, en los próximos pueda venir

y disfrutar, no comoregonero ya sino como uno más junto con mi mujer y mi hijo, de las Fiestas de Septiembre que ahora comienzan...

¡Sauceros! ¡Prepárense para los días grandes del pueblo!

Me gustaría terminar mi pregón tomando prestado de mi madre un fragmento de uno de sus poemas y que para mi describen, mucho mejor de lo que mi prosa puede reflejar, el verdadero espíritu de este gran pueblo llamado San Andrés y Sauces:

¡Madre cumbre de Los Sauces!,

que con orgullo miras a tu pueblo

desde ahí arriba le ves verde todo, todo verde,

como una bella esmeralda flotando sobre el azul del océano;

ha sido el agua que tú le has dado la que ha embellecido el pueblo

y el esfuerzo de nuestros antepasados.

Ellos que trabajaron su suelo,

levantaron paredes, hicieron la tierra en huertos,

hasta donde parece imposible que se pudieran hacerlos,

bañados de sudor por el excesivo esfuerzo,

teniendo por motores la energía de sus cuerpos.

Hoy recompensemos ese esfuerzo en un merecido descanso: ¡Qué empiecen las fiestas de Septiembre en honor a Nuestra Señora de Montserrat!

En San Andrés y Sauces, a 28 de Agosto de 2015.

Félix Manuel Machín Concepción.
